

Magda Clemente
López

*Alejo Carpentier:
asunción de la historia
por la literatura. Su
papel en la formación
identitaria de lo
latinoamericano*

Finalizando la década de 1940 aparece el primero de una serie de artículos de carácter teórico sobre la creación literaria –narrativa en particular– escritos por Alejo Carpentier, los cuales constituyen toda una plataforma estética sobre la que se erigirá su creación; pero que trascienden además el ámbito de su praxis como intelectual latinoamericano, para convertirse en una propuesta de indagación de lo nuestro, a partir de la búsqueda en las raíces históricas, sociales, y culturales que nos distinguen como región, y nos aproximan, a pesar de la diversidad, a una identidad cultural común.

De 1949 es su novela *El reino de este mundo*, cuyo prólogo contiene la ya reconocida teoría de lo real-maravilloso americano que emana de su contacto con las realidades históricas de Haití, las cuales le revelan a Carpentier el caudal de mitologías de este pueblo y el papel que desempeñaron en la revolución haitiana contra el colonialismo francés, así como la fusión de tiempos históricos, de culturas y de tradiciones que coexisten en esta isla caribeña y que no eran de ninguna manera patrimonio exclusivo de ella, sino de todas las tierras americanas.

Lo insólito en América, es decir, lo real-maravilloso está, para Carpentier, no en una sola dirección sino en la naturaleza, en la vida social, y en su historia. Esta última dirección tiene que ver con las especificidades y magnificencia de los procesos históricos, con la talla mítica de sus héroes y con la suma de tiempos históricos que se han superpuesto en unos pocos siglos en América, donde es posible encontrar en una misma geografía señales de las distintas edades de la tierra. Asimismo revaloriza la instan-

cia mítica como uno de los elementos componentes de la historia. ¿Qué es si no, la sublevación generada por MacKandal a partir de la creencia de los esclavos negros en sus poderes licantrópicos?

Carpentier ve la historia de América como toda una crónica de lo real-maravilloso, y esa historia es el sustrato más rico del que se nutre su narrativa.

En el comienzo de su artículo, José Martí, significativamente también había reconocido que la fuente en la que encontraría la poesía su contenido más *triste y hermoso* era justamente en la *historia americana*, esa que comenzó mucho antes de la llegada de los conquistadores y que fue arrancada como una *página al universo*.

Es posible encontrar entre Carpentier y nuestro Héroe Nacional más de una coincidencia teórica sobre las posibilidades que brinda la historia de nuestro continente a la literatura y cómo se borran las fronteras entre ambas formas de conocimiento del mundo desde el comienzo mismo de una historiografía que manejó con soltura los recursos de la ficción novelesca. Piénsese en que ambos aluden, por ejemplo, a la crónica de Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, donde lo cotidiano que se cuenta es lo insólito y maravilloso que se funde en una ejemplar mezcla de historiografía y novela para crear un estilo que como plantea Carpentier “se va afirmando a través de su historia”.¹

La teoría de lo real-maravilloso americano lleva implícita una toma de partido ante la creación literaria y ante la manera de reflejar el contexto social, que demuestra cómo Alejo Carpentier va a un realismo de esencias y no de apariencias que se sitúa contra la tendencia del nativismo por sus localismos estrechos.

Por su parte en *La novela y la historia*,² se remite a una arista de la problemática relacionada con el tratamiento de la historia en la novela que ha dado lugar a diversas especulaciones y puntos de vista diferentes por parte de teóricos y estudiosos: el distanciamiento que debe existir entre el novelista y los acontecimientos históricos que va a recrear en su narración. Carpentier asume el criterio de la separación entre el escritor y los hechos, pues considera que la contemporaneidad o inmediatez resulta nociva para

¹ Alejo Carpentier: *Tientos y diferencias*, p. 94, Contemporáneos, La Habana, 1974.

² _____: “Letra y Solfa”, en *El nacional*, viernes 3 de octubre de 1952.

la obra literaria, o sea, exige distanciamiento para que el novelista histórico pueda lograr perdurabilidad y mayor objetividad porque no estaría permeado por la emotividad que da estar cerca o inmerso en los hechos.

En esta misma línea de pensamiento están teóricos como Enrique Anderson Imbert e Iván Egües para quienes uno de los rasgos característicos de la novela histórica es el reflejo de una realidad pasada al tiempo del escritor. Reconoce Carpentier, sin embargo, que el escritor al relacionar acontecimientos y situar la *pequeña historia* dentro de la *gran historia* está capacitado para *hacer balances de una sobrecogedora exactitud*, lo cual refirma la tesis de la validez del conocimiento histórico que aporta el discurso literario aunque el propósito del novelista sólo sea “plantear y no demostrar como afirmaba Tcheójovj.”³

De medular importancia para la literatura y para el pensamiento estético latinoamericano resulta la teoría de los contextos formulada por Alejo Carpentier en su ensayo “Problemática de la actual novela latinoamericana”, en la cual deja bien esclarecidos los retos para el novelista contemporáneo de este continente. Diferencia la labor de quien asume el discurso ficcional del que, por el contrario, abordará la realidad desde la óptica de la ciencia histórica con perfiles económicos, políticos, o de denuncia social.

Es del criterio de que la novela puede contener una denuncia social, pero solo después de que ha existido el suceso; porque de lo contrario se convertiría en panfleto. Está ratificando su tesis sobre el distanciamiento en el tiempo que debe existir entre los hechos narrados y el novelista para evitar que la novela caiga en el presentismo y, por tanto, carezca de perdurabilidad. “Contenido social puede tener la novela, desde luego. Pero a partir del momento en que hay un contexto épico verdadero; a partir del momento en que el suceso ha sido”.⁴

En la novela, al asumir la historia pasada, los hechos hablarán por sí mismos, fuera de toda prédica personal. Es justamente lo que hace en sus novelas históricas donde está materializada la teoría de los contextos que postula el necesario vínculo del escritor y la obra con la realidad en toda su amplitud: histórica, social, cultural, económica, ideológica y política. A estos se suman otros

³ *Tientos y diferencias*, obra citada, p. , La Habana 1974.

⁴ *Ibidem*, p. 29.

que también contribuirán a dar la esencia del hombre americano como los ctónicos, culinarios, de distancia y proporción, de iluminación, de desajuste cronológico, que permitirán a la novelística “violiar constantemente el principio ingenuo de ser relato destinado a causar placer estético a los lectores para hacerse un instrumento de indagación, un modo de conocimiento de hombres y épocas”.⁵

El hombre es un ente social e histórico, que actúa condicionado por sus circunstancias; por tanto espacio y tiempo lo definirán, y a esa esencialidad del hombre latinoamericano sobre el que están influyendo los contextos antes apuntados, es a donde debe dirigirse la imagen creada por nuestros novelistas.

Otro elemento de consideración en su análisis es cómo deben rebasar los novelistas del continente, los tipicismos y costumbrismos reductores de la humanidad e inscribir la fisonomía de las ciudades en la literatura, buscando los nexos con lo universal en nuestras gentes, ya sea por las vías de afinidades o de contrastes y diferencias. En sus consideraciones ha prevalecido el análisis marxista y ha tenido en cuenta los criterios de filósofos a los que alude y que son válidos para el tema que aborda; de Epícteto cita: “*los deberes derivan de un orden establecido por la relaciones*”.⁶ Y declara haber manejado el término contextos, ya usado por Jean Paul Sastre, conocido por su filosofía existencialista pero que de ningún modo niega el carácter histórico-social, así como el papel activo de la práctica.

Postula para la novela que se escribe hoy en el continente americano, una dimensión épica dada la presencia de estratos humanos distintos y caracterizados que presentan peculiaridades anímicas, psicológicas, de acción colectiva, diferenciados de otros bloques humanos, coterráneos, dotados de la misma nacionalidad; por tanto estos bloques humanos que entran en pugna ya son materia épica para el novelista. Su misión será develar y valorar esas fuerzas.

Obsérvese que a lo largo del ensayo sus reflexiones conciernen a la relación de la literatura con la historia como sustancia de la cual debe nutrirse la primera, a la par que al carácter diferente de los discursos historiográfico y ficcional en cuanto a intenciones y

⁵ *Ibidem*, p. 9.

⁶ *Ibidem*, p. 18

tratamiento del material que esa realidad le va a propiciar. La efectividad de la denuncia social será real en una historia económica que aborde un problema de un conglomerado humano en esa esfera y no a través de una novela la cual sólo será leída, a lo sumo, por los implicados en esa tragedia.

La condición de haber ocurrido el suceso en relación con el presente del novelista es para Carpentier indispensable a la novela épica ¿histórica? que reclama para nuestros países, en función de dar nuestra verdadera fisonomía como latinoamericanos a partir de los contextos que nos atañen y condicionan.

“La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo milenio” es el título de una conferencia pronunciada por Alejo Carpentier en la Universidad de Yale en 1979. Ella contiene reflexiones profundas acerca del papel del novelista hacia los finales del siglo xx, época que auguraba transformaciones que implicarían terribles consecuencias, sobre todo para las grandes masas hacedoras de la historia. De ahí que ubique al novelista como cronista de época, capaz de repertoriar los acontecimientos que le sean inteligibles.

En este presupuesto se destacan dos elementos: en primer lugar, la necesidad de una profunda conciencia histórica del narrador, y en segundo lugar, la interpenetración de dos discursos que se han necesitado uno a otro y que han estado siempre cercanos en las letras hispanoamericanas: la crónica –como historiografía y a la vez como literatura. El ejemplo clásico al cual se alude ya ha sido citado antes: Bernal Díaz del Castillo y su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, donde historia y novela no pueden separarse.

Para Carpentier el escritor latinoamericano ha de erigirse en una suerte de cronista de Indias trabajando en función de la historia moderna y pasada de este continente, mostrando a la vez las relaciones con la historia del mundo todo.⁷

Está recabando una profunda conciencia histórica unida a una historicidad que posibilite entender el presente a partir de su condición de ser *juez de historia*, desentrañando las causas de acciones colectivas que involucran a todos; por tanto nuestra novelística debe ser histórica o historizante como cataloga Julio Le Riverend a ese tipo de novelas que acusan una evidente historicidad aunque no sean las clásicas novelas históricas al estilo de las euro-

⁷ Obra citada

peas –Walter Scott como paradigma que toma George Lukács como modelo para definir el subgénero–.

Bibliografía

Carpentier, Alejo: “De lo real maravilloso americano”, en *Tientos y diferencias*, Contemporáneos, La Habana, 1974.

_____: “La novela y la historia”, en *Letra y Solfa*, periódico *El Nacional*, 30 octubre, 1952.

_____: “Problemática de la actual novela latinoamericana”, en *Tientos y diferencias*, Contemporáneos, La Habana, 1974.

_____: “La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo milenio”, en *Revolución y Cultura*. Suplemento literario, (1), enero-marzo, 1983.